

# Construcciones en torno a un territorio solidario. La Red de Alternativas Solidarias (RASOL)

RODRIGO RODRÍGUEZ GUERRERO

## Introducción

Una sociedad mercantilizada y centrada en las ganancias económicas, ignora los riesgos socioambientales y los daños a la salud que su modelo de producción y consumo genera en las personas. Esto es particularmente visible cuando los satisfactores básicos son tratados como una mercancía más en el mercado y no como un derecho al cual se debe procurar el acceso, como ha sido en el caso de la alimentación. Si bien, el mercado se ha presentado como el principal promotor de relaciones sociales, existen experiencias que buscan la articulación entre comunidades indígenas y campesinas con los núcleos urbanos, dando particular importancia a regresar el carácter sociopolítico que implica la generación de economías para la vida. Este capítulo muestra una de estas experiencias, en la cual conecta el trabajo educativo y de organización de comunidades en la Sierra de Manantlán en Jalisco, con consumidores organizados en la ciudad de Guadalajara, México. La conjunción de esfuerzos de articulación se orienta hacia la construcción de territorios solidarios, más allá de la visión sesgada de las reglas de mercado.

El capítulo se divide en cinco apartados. El primero de ellos presenta el territorio formado por la Sierra de Manantlán y la mercantilización que se ha hecho de sus bienes comunes. El segundo apartado muestra el esfuerzo realizado por la Escuela Campesina de Educación Popular y Alternativas Solidarias (Escuela Campesina) como el antecedente for-

mativo que ha dado origen a la Red de Alternativas Solidarias (RASOL). El tercer apartado, muestra la estrategia de red de producción y consumo que orienta la generación de territorios solidarios. Mientras en el cuarto y quinto apartado se presentan conocimientos pendientes de la red y las conclusiones a las que ha llegado el autor de este capítulo.

El necesario ejercicio de la economía solidaria. Otras economías, en nuestros territorios

La Sierra de Manantlán comprende cerca de 140 mil hectáreas (DOF, 1987), y se encuentra dentro de los límites de los municipios de Autlán, Casimiro Castillo, Cuautitlán, Tolimán, y Tuxcacuexco en el estado de Jalisco, así como los municipios de Minatitlán y Comala del estado de Colima, en México. En ellos están asentadas comunidades de origen nahua, y tal como suele suceder con los grupos originarios, mientras más adentradas en la sierra se encuentran sus comunidades peores son las condiciones de pobreza que enfrentan (Graf M. *et al.*, 2015).

Según el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL), se considera que alguien vive en condición de pobreza cuando tiene al menos una de seis carencias sociales (rezago educativo, acceso a servicios de salud, acceso a la seguridad social, calidad y espacios de la vivienda, servicios básicos en la vivienda y acceso a la alimentación), y, adicionalmente, que sus ingresos estén por debajo de la línea de pobreza por ingreso<sup>1</sup> (CONEVAL, 2020). Esto equivale a 3,740 pesos mexicanos (alrededor de 190 dólares estadounidenses) en zonas urbanas o 2,636 pesos mexicanos en zonas rurales (alrededor de 186 dólares estadounidenses), sin duda, las comunidades a las que nos referimos se encuentran en estas condiciones, de manera que son comunidades que enfrentan en el día a día múltiples necesidades.

---

<sup>1</sup> Estos datos son actualizados a junio de 2021 en la página web: <http://sistemas.coneval.org.mx/InfoPobreza/Pages/wfrLineaBienestar?pAnioInicio=2016&pTipoIndicador=0>

Las carencias y necesidades que afrontan las personas en condición de pobreza en esta región contrastan con la riqueza biocultural de la zona, riqueza que la convierte en el área natural protegida más importante del occidente de México, debido a la cantidad de zonas silvestres y cultivadas, sus cuencas abastecedoras de agua, las especies de plantas y animales que alberga y, en general, los servicios ecológicos que brinda a la región (Graf M. *et al.*, 2015).

Esta contradicción entre la riqueza biocultural y la pobreza medida en términos económicos, nos hace cuestionarnos si es que realmente las necesidades se cubren con el acceso a los satisfactores que proporciona el mercado; aunque ésta es una pregunta retórica que podríamos responder con un no rotundo, es innegable que existe una creencia que asocia de manera generalizada: consumo, mercado y condiciones de bienestar.

No es difícil reconocer que en las sociedades modernas el consumo se ve como el medio para satisfacer necesidades y que el mecanismo de mercado, o más específico, el libre mercado, se promueve como el eje central articulador de las relaciones humanas, es decir, se ha considerado que el libre mercado es el principal camino de acceso a mejores condiciones de vida, algunos se atreverían a decir incluso que se nos ha presentado al libre mercado como el modelo que principalmente favorece la libertad (Fernández Miranda, 2017).

El consumo y el consumismo como su máxima expresión están en la raíz ideológica compartida con el neoliberalismo, colocando al individualismo y a la competencia como eje cultural articulador de las sociedades, dando pie a lo que se ha llamado darwinismo social, una especie de extrapolación de los principios de la teoría de la evolución de las especies de Darwin al ámbito de lo social, creando con ello condiciones de exclusión entre grupos (Sandín, 2000).

Sin embargo, el consumismo o sobreconsumo trae consigo degradación de ecosistemas, producción de grandes cantidades de residuos y empobrecimiento de aquellos sitios de donde los recursos son extraídos, pero además:

[...] una erosión de las identidades sociales, abandono ideológico y político, desestabilización acelerada de las personalidades (Parisi, 2011, p. 2).

De esa manera, el consumo y el sobreconsumo que sobreponen una mirada antropocéntrica e individualista, al tiempo que otorgan a la tierra un rol secundario, como proveedora de recursos, pero también como receptora de residuos provenientes de nuestros patrones de uso, desuso y desecho (Espinosa Sánchez *et al.*, 2021).

Pero vamos más allá, cuando se coloca en el centro a la lógica económica, es decir, la explotación desmedida y promotora de degradación en favor de la generación de dividendos, se deja en segundo plano a la población que habita los territorios, ya no sólo en áreas rurales o indígenas, sino también a quienes habitan las ciudades, en donde se genera la principal demanda de recursos y en donde las mayores cantidades de residuos nacen.

Mucho se ha hablado de cómo las ciudades se van convirtiendo en sitios poblacionales insostenibles en el largo plazo, debido a que son lugares en que se concentra la mayor parte del consumo y producción global y, en consecuencia, concentran también la mayor producción de residuos, como ejemplo de ello, basta con reconocer que es en los espacios urbanos donde se producen entre el 71 y 76% de los gases de efecto invernadero (Espinosa Sánchez, *et al.* 2021).

Es probable que los patrones de consumo excesivo de quienes habitan en las grandes ciudades generen que se pierda de vista las consecuencias del consumo desmedido. Hay una disociación de la relación entre comprar satisfactores y el cuidado del medio ambiente, quedando esto último en segundo plano. Tenemos un consumidor anónimo que en la búsqueda de inmediatez para satisfacer sus demandas no es capaz de reconocer al otro, sumándose al inminente camino de insostenibilidad de las poblaciones urbanas. Se deja de lado que las ciudades tienden a la insostenibilidad y que esto las lleva a ser epicentros de problemáticas que se extienden a los territorios rurales y comunitarios.

Sin embargo, al contrario de la lógica de uso y desecho que impera en las ciudades, las comunidades rurales y los pueblos originarios han com-

prendido que ni la naturaleza ni los seres humanos pueden ser tratados como recursos desechables en búsqueda de fines económicos (Coraggio, 2019). Como bien lo han entendido los pueblos originarios, la relación entre territorio natural, sus comunidades y las relaciones humanas que en él se forman, no pueden verse como elementos separados que existen de manera independiente, por el contrario, se reconoce que en el territorio se forman y mantienen relaciones no mercantiles.

Precisamente el reconocimiento e incorporación de esas relaciones no mercantiles en los territorios forma parte de la propuesta de la economía social y solidaria (Azam, 2009). La mirada de la economía social y solidaria reconoce que hay alternativas a la cultura de consumo excesivo, la posibilidad de territorios más inclusivos y la existencia de relaciones no dirigidas y organizadas por el mercado.

En la mirada de la economía social y solidaria, no cabe la disociación entre territorios, personas, producción y consumo. El territorio se muestra en sus elementos endógenos que crea recursos para sí mismo y no como un dato exógeno del cual se extraen y usan recursos en función de sus costos de explotación (Azam, 2009). No cabe en su propuesta una forma de producción extractivista y depredadora del medio ambiente, una forma de consumo sin límite, ni la cultura del desecho, así como tampoco una población despolitizada que ignora o evade las responsabilidades y tareas de cuidado mutuo.

Las relaciones sociales ocurren en territorios concretos, con sujetos específicos y son relaciones creadas por y para ellos, no es el mercado el único elemento organizador de relaciones humanas y en ello se busca una postura política ante lo económico. No es posible una división entre economía y vida, se requiere una economía para la vida como ya lo han indicado con claridad los movimientos ecofeministas.

Estas relaciones suceden en los territorios y refieren a ellos como un elemento de primordial importancia; así, los territorios son entendidos como:

espacios de proximidad que dan pie a la dinámica de los sistemas productivos locales al movilizar a las redes sociales, el capital social y la gobernanza territorial (Azam, 2009, pp. 71-72).

Territorios y relaciones que pueden ser extendidos, y que deben incorporar redes de colaboración entre los recursos y dinámicas rurales con las propias relaciones y dinámicas de los centros urbanos con los que mantienen intercambios.

Estas relaciones e interacción urbano-rural se han construido con la participación de múltiples actores que, aun con grados de involucramiento distintos, buscan la construcción sostenida de esas condiciones de posibilidad. Relaciones en construcción, aún en construcción, y posiblemente ésa deba ser su condición, una construcción constante inacabada y adecuada a cada territorio.

Lo que parecen compartir estos actores con certeza, es que no será posible encontrar maneras económicas y sociales justas y sostenibles si seguimos en el mismo sistema depredador de recursos por el cual ha caminado el modelo de libre mercado, y aún más, si seguimos poniendo al centro el mercado como único constructor de relaciones humanas.

### El reconocimiento de otras formas de intercambio

La solidaridad tiende redes difusas y extendidas, de manera que sus actos se presentan en la cotidianidad, aunque no siempre quienes los practican lo piensen o expresen en esos términos (Rodríguez-Guerrero, 2019), estos actos son aquellos que generan relaciones no marcadas por el capitalismo o propiamente anticapitalistas (Alonso Reynoso y Alonso Sánchez, 2015).

La solidaridad como manera de acción integrada en las organizaciones permite la existencia de nuevas maneras de colaboración, las cuales son extensivas fuera del círculo inmediato de los propios integrantes de los colectivos, consiguiendo extender lazos con otros. Así es posible que no sea sólo en el momento de intercambios mercantiles cuando la colaboración toma formas concretas, sino que trasciende a los eventos de compra-venta marcando modos de relaciones capaces de sostenerse a largo plazo.

De esta manera, la colaboración entre colectivos y organizaciones es común en los procesos formativos. Entre los muchos ejemplos de este tipo de formación podemos encontrar a los Encuentros Urbano-Campesinos de Agricultura Alternativa, los cuales se orientaron a crear lazos

de colaboración entre personas en las comunidades y en las ciudades, primordialmente en el centro y sur de Jalisco. Estos encuentros tuvieron once emisiones, y su forma de acción era en una sede itinerante en zonas rurales, urbanas y periurbanas. Sin embargo, los encuentros además de favorecer el compartir de experiencias y la formación de nuevos actores, conformaron espacios de comercialización emergentes que permitieron el intercambio de productos mediante el trueque, la venta sin intermediarios o facilitando acuerdos de compra venta o colaboración entre los participantes, muchos de los cuales mantienen vigencia. Algunos de los integrantes y promotores de estos encuentros hoy forman parte de la Red de Alternativas Solidarias (RASOL).

Además, estos procesos formativos se han integrado en colaboración con la Escuela Campesina de Educación Popular y Alternativas Solidarias (Escuela Campesina), la cual ha sido el elemento formativo que alimenta varios proyectos desde su origen alrededor de 2011. Esta “escuela andante” como también la han llamado algunos, no tiene una sede fija ni intenciones de establecerse en un domicilio determinado. Esta decisión la describen de la siguiente manera: “La escuela es un ámbito raro que responde al buen vivir, responde a una energía, tiene una base itinerante que trabaja principalmente en el occidente (Colima, Michoacán y Jalisco, aunque por momentos han tenido trabajo en Nayarit)”. Así, mientras en Michoacán realizan más acompañamiento y eventos formativos, en Colima se demanda y atiende principalmente el desarrollo de cooperativas de ahorro y se impulsa la producción libre de agroquímicos, al tiempo que en Jalisco se ha dado un proceso que pone mayor énfasis en la producción e intercambio de alimentos agroecológicos, sobre todo en los municipios de la región costa sur.<sup>2</sup>

En principio, la Escuela Campesina orienta sus procesos de formación al ámbito rural, sobre todo en el tema organizativo y de producción, pero a la par promueve el intercambio comercial en lógica de economía

---

<sup>2</sup> La región Costa Sur comprende los municipios de Autlán de Navarro, Casimiro Castillo, Cihuatlán, Cuautitlán de García Barragán, La Huerta y Villa Purificación.

social solidaria con las ciudades, según comenta uno de sus organizadores “el 75% de la formación se da en espacio rural, pero la comercialización ocupa aproximadamente el 25%; las capacitaciones suelen ser 90% en el área rural, pero acuden a ellas también personas del ámbito urbano, sin embargo, es más en el ámbito rural”.

Las escuelas campesinas se presentan como una forma de reivindicar el aprendizaje comunitario, que no niega el conocimiento de la ciencia formal o académica, pero que incorpora y valora el generado y utilizado por siglos en las comunidades. La Escuela Campesina sucede entre pares, permitiendo que los conocimientos comunitarios sigan vigentes y dentro del capital cultural de los territorios.

Si bien, la extracción de recursos naturales ha sido una práctica que ha violentado la vida en los territorios, también es cierto que en las comunidades ha existido una forma de extractivismo cultural, epistémico y de saberes del cual busca beneficiarse el mercado. Precisamente esto es lo que persigue revertir el método de las escuelas campesinas. Es decir, que mediante el diálogo y formación que implica la conversación horizontal entre pares, se requiere que la producción e intercambio que se da en comunión con la tierra no sea despolitizada ni sacada de contexto y, por tanto, que el conocimiento que ya pertenece a los pueblos no sea tratado como una mercancía más (Grosfoguel, 2016).

Esto implica que la Escuela Campesina no sea reducida a un proyecto económico que busque generar ganancias, cada emisión sucede con la colaboración de los participantes, de la misma manera que no recibe financiamientos de terceros sino que de manera autónoma se procuran los recursos necesarios para su desarrollo.

Por su parte, el consejo gestiona la Escuela Campesina colaborando con la organización de los eventos de formación por medio de comisiones (educación, comunicación, finanzas y organización), desarrollando algunos contenidos y, en caso de ser necesario, con la presencia durante los días que se lleva a cabo la formación por parte de algunos miembros del consejo, además de que asume la labor de procurar y facilitar su asistencia.

Es decir, es un consejo que cumple un papel de gestor que hace posible los encuentros.

Las temáticas que se consideran importantes a tratar en cada módulo son elegidas por las personas en los territorios, las cuales incluyen habitualmente temas de agroecología, bioconstrucción, procesamiento de alimentos y economía solidaria.

Por tanto, estos intercambios requieren decisiones colectivas, puesto que no existe una figura de “gobierno” centralizada, sino que es un consejo abierto para que otros participen, escuchen o se involucren.

Debe decirse que más que un método, las escuelas campesinas son un proceso de vinculación donde no se “transfieren conocimientos” en el sentido de la educación bancaria que nos advertía Freire, sino que se comparten experiencias, técnicas, saberes y posicionamientos críticos (Gómez Martínez, Mata García, y González Santiago, 2017). Reconociendo con ello la importancia de generar otras formas de reciprocidad, que, si bien pueden darse intercambios de alimentos o productos, el principal motivo de estos encuentros está en el compartir de experiencias, saberes, procesos y estrategias de resistencia de las personas en sus territorios.

Estos procesos de formación y los vínculos que ahí se promueven, alcanzan personas y organizaciones fuera de las comunidades y se amplían a las ciudades, según comentan sus organizadores, a estas formaciones han acudido campesinos, jóvenes rurales y urbanos, amas de casa, artistas y promotores culturales, apicultores, artesanos, médicos tradicionales, veterinarios, promotores educativos, entre muchos otros, generándose un grupo extenso con el cual se procura la colaboración. Si bien, en los procesos de acompañamiento y seguimiento se priorizan los procesos locales y comunitarios, mantienen claridad que se trabaja configurando un territorio extendido, mientras se promueve la ampliación de territorios solidarios.

Para Cristina Amariles, precisamente la noción de territorios solidarios implica la colaboración en organizaciones a nivel local y redes a nivel regional que orientan esfuerzos conjuntos para la construcción de nuevas formas económicas, donde se posibilitan mejores condiciones de vida a las personas, es en este sentido una red de colaboración, pero, además,

una red política extendida en el territorio, el cual incluye condiciones materiales y relaciones simbólicas entretajadas (Amariles, 2017). En estos territorios se acentúa la apuesta por otra economía y en ellos el conflicto es algo inherente, en cuanto que mantiene en tensión posturas entre actores, constantes construcciones de maneras de interacción y oposiciones con un modelo de mercado con el que convive a la par que construye alternativas. El territorio solidario, se construye en oposición al modelo económico que va en contra de los principios de la economía solidaria, basado en movilización de recursos por medio de la construcción de alianzas (Pérez Villa y Uribe Castrillón, 2016).

Los territorios solidarios implican el espacio social, natural y simbólico donde se construyen relaciones no mediadas por la lógica del capital, sino por la colaboración que supone la economía social y solidaria.

### La Red de Alternativas Solidarias

Ya hemos dicho que la propuesta de economía social y solidaria considera aspectos éticos, ambientales y sociales, así como la localización de procesos socio-productivos y de apropiación del territorio.

Estos mismos son aspectos que considera, en sus formas de hacer, la Red de Alternativas Solidarias (RASOL). La red promueve el agrupamiento y colaboración entre productores en las comunidades y consumidores organizados en las ciudades. Mientras que los productores están asentados principalmente en la región costa sur de Jalisco, y la organización tiene su base principal en la comunidad de Cuзалapa en el municipio de Cuautitlán de García Barragán, la mayor parte del consumo se da en la zona metropolitana de Guadalajara, dato que no es de extrañarnos puesto que los grandes núcleos poblacionales son fuertes demandantes de alimentos.

Las ciudades cubren buena parte de su demanda de alimentos haciéndolos llegar de sitios alejados, debido a la pérdida de lugares cultivables cercanos, la producción de tipo agroindustrial basada en el monocultivo y muchas otras variables de tipo político y administrativo que dificultan el fácil acceso a los alimentos de calidad, en este sentido, la zona metropolitana de Guadalajara es ejemplo de lo insostenible del sistema alimentario en grandes

urbes, los agroecólogos Miguel Altieri y Clara Inés Nicholls ponen el dedo en la llaga al señalar que las ciudades con más de 5 millones de ciudadanos requieren importar no menos de 2 mil toneladas de alimentos diariamente para satisfacer su demanda, y el viaje de traslado de estos alimentos puede ser un promedio de 1,000 kilómetros (Altieri y Nicholls, 2020).

Ese modelo basado en la gran producción para la exportación desdibuja actores, territorios, costos socioambientales, es depredador de recursos y deja en el anonimato a los productores en pequeña escala y de producción familiar y campesina, los cuales se ven presionados para dejar sus prácticas productivas o incluso a abandonar sus comunidades cuando se quedan sin oportunidades para continuar con sus formas de producción o son sujetos de violencia y despojo.

Este gigante económico que en ocasiones tiene un rostro anónimo, pero que muchas otras veces puede identificarse dentro de grupos de poder legales o ilegales, requiere acciones colectivas coordinadas que le hagan frente, o en su caso se encuentren alternativas que difieren por completo de las prácticas del mercado convencional.

RASOL se mueve precisamente en esta otra lógica, es decir, en aquella que entiende que los intercambios y relaciones con la naturaleza son necesariamente basados en la reciprocidad, por lo que se aleja de la llamada “agricultura minera”, dicho de otra forma, hace distancia con aquellas prácticas agronómicas, que son grandes extractoras de agua y nutrientes de los suelos, donde los suelos en los territorios comunitarios son los que resultan empobrecidos, al mismo tiempo que sus pobladores pierden autonomía, se atenta contra la soberanía alimentaria y se producen nuevas formas de dependencia y control. Maristella Svampa cataloga estas prácticas como neoextractivistas, haciendo la advertencia de sus consecuencias, señalándolas como:

prácticas neoextractivistas generadoras de nuevas asimetrías y conflictos sociales, económicos, ambientales y político-culturales (Svampa, 2013, p. 30).

La red promueve la eliminación o utilización mínima de conservadores adicionados en los alimentos, eliminar las prácticas químicas que aceleran la maduración de los alimentos y utilizar métodos que no se basen en químicos sintéticos para la conservación de granos y semillas.

RASOL, al igual que otras redes alimentarias, permite hacer factible que la alimentación adecuada en lógica de economía social solidaria sea una opción, tanto en las comunidades como en las ciudades. Por tanto, abona con sus tareas al cumplimiento del derecho humano a la alimentación adecuada, favoreciendo la calidad, disponibilidad, asequibilidad y la alimentación como cultura y acto de poder, que se orienta a construir relaciones sociales distintas, poniendo énfasis en los actores locales como tomadores de decisiones, como sujetos de desarrollo y no como sujetos pasivos (Rodríguez-Guerrero *et al.*, 2020), sus procesos de producción son congruentes con aquellos que se adhieren a la búsqueda de soberanía alimentaria, alejándose de las premisas excluyentes de la revolución verde (Orozco Hernández, Jiménez Rodríguez, y López López, 2016).

Es importante señalar que más allá de la producción agronómica, la red se implica en el ámbito social fomentando la organización para la producción colectiva o producción comunitaria, por medio de lo cual se generan procesos colectivos que son valorados sobre la producción individual; para lograrlo, han creado un esquema llamado Unidades de Producción Comunitaria, que son pequeñas células coordinadas en red, en las cuales reúnen a los dueños de las tierras en los territorios, a colaboradores que están dispuestos a invertir en la producción agroecológica y actores comunitarios que se benefician del trabajo remunerado, de las “brigadas de solidaridad”, así como faenas y tequios, que facilitan la construcción de algunos espacios.

Este esquema permite que se alleguen recursos económicos y técnicos a la región, pero de manera muy importante, se enfatiza que el pago por el trabajo sea justo y la tenencia de la tierra la conserven sus poseedores originales y originarios de la localidad.

Las Unidades de Producción Comunitaria mantienen autonomía en cuanto a las decisiones de gestión, pero convergen en los principios de agroecología, conservación del territorio y economía social solidaria. La

red colabora acompañando a la organización en sus múltiples necesidades y facilita la logística de distribución y venta, principalmente en el mercado regional, pero en colaboración con colectivos de consumidores previamente organizados para la compra de vegetales y frutas, además, estas unidades preparan ya vínculos para la exportación de limón libre de pesticidas.

Para facilitar la distribución y venta de alimentos en el mercado regional, RASOL ha basado su modelo en la generación de nodos de consumo, los cuales son una adecuación al caso mexicano de grupos similares existentes en otras regiones como las Associations pour le maintien d'une agriculture paysanne<sup>3</sup> (AMAP) francesas, o los Gruppi di acquisto e di offerta solidale<sup>4</sup> (GAS) que operan en Italia, el modelo de Community Supported Agriculture<sup>5</sup> (CSA) en Estados Unidos, el Teikei<sup>6</sup> en Japón, y algunos otros modelos latinoamericanos como las Canastas Solidarias en México o los Bolsones Agroecológicos en Argentina.<sup>7</sup>

---

<sup>3</sup> Associations pour le maintien d'une agriculture paysanne (Asociaciones para el mantenimiento de la agricultura campesina) asociaciones que tienen origen alrededor de 2001 en Francia y fomentan el comercio directo campesino-consumidor pagando lo que consideran un precio justo por adelantado. Disponible en: [www.reseau-amap.org](http://www.reseau-amap.org)

<sup>4</sup> GAS es el acrónimo en italiano de Gruppo di Acquisto e di offerta solidale. Estos grupos operan aproximadamente desde 1994 en Italia, tienen base principalmente en Milán.

<sup>5</sup> Agricultura apoyada por la comunidad o Community Supported Agriculture (CSA) por su denominación en inglés y se reconoce como una adaptación del modelo suizo que buscó relaciones de cercanía y colaboración entre grupos de mujeres consumidoras y pequeños productores.

<sup>6</sup> *Teikei* es una palabra en japonés que ha sido traducida como "alianza" o "colaboración", y se refiere a formas directas de compra entre consumidores en las ciudades y productores en el campo a partir del descubrimiento en la década de los sesenta de enfermedades causada por mercurio utilizado en los químicos de la agroindustria.

<sup>7</sup> Para una descripción más pormenorizada y comparada de estos esquemas se puede consultar la tesis doctoral "El consumo solidario en México. Vínculos entre productores agroecológicos y consumidores" (Rodríguez-Guerrero, 2019).

El modelo de nodos de consumo ha sido una de las estrategias de esta red, de manera que impulsa el contacto con organizaciones de consumidores en distintos puntos que se encuentran principalmente en la zona metropolitana de Guadalajara, los cuales están dispuestos a realizar compras directas a los productores agroecológicos. Esta forma de distribución permite que los riesgos para el productor disminuyan en tanto se tienen menores mermas, puesto que se garantizan compras programadas, además, libera tiempo y costos a los productores ya que no es necesario que se permanezca durante horas en un punto fijo esperando que se concrete una venta, asimismo, hay un entendido previo en el pago justo por los alimentos, lo cual es retribuido con la cualidad agroecológica y de producción responsable de los mismos.

La red de consumidores y productores impulsada por RASOL, ha colaborado en la formación de diversas iniciativas orientadas a la producción distribución y venta de alimentos, no sólo ayudando a concretar los intercambios, sino que les ha dado acompañamiento principalmente en el arranque de las iniciativas, pongamos por caso el de las canastas solidarias que lleva el Mercadito Solidario Agroecológico Flor de Luna,<sup>8</sup> organización ecofeminista que distribuye diversos productos agroecológicos de productoras del sur de Jalisco y algunas más que llegan de la región costa sur. En su origen, RASOL colaboró con algunos aportes materiales y poniendo a disposición la red de productores con los que venía trabajando para ampliar la oferta y facilitar la logística de entrega de alimentos desde las comunidades hasta la ciudad de Guadalajara.

Las organizaciones que impulsan y acompañan son independientes, pero mantienen redes de colaboración en distintos ámbitos, principalmente en la formación de procesos autónomos, procesos formativos en temas relevantes para cada territorio y la economía solidaria, ello con la premisa de que los precios deben ser accesibles para todos, lo cual es contrario a la visión empañada de la llamada economía verde, la cual busca en el

---

<sup>8</sup> Para tener información sobre esta organización ecofeminista, busque en sus redes sociales <https://www.facebook.com/RedFlordeLuna>

mercado un nicho de negocio para el alimento orgánico, conservando y maquillando la propuesta mercantil del mercado convencional.

Como se ha buscado exponer en este texto, RASOL procura en sus formas de hacer red, la generación de procesos formativos en diversas áreas que comulgan con la economía social solidaria, pero, sobre todo, ponen énfasis en que la reflexión se concrete en experiencia dentro de un territorio que podríamos entender como un territorio solidario extenso donde interactúan pueblos originarios, comunidades rurales y colectivos urbanos de la región.

No se trata de negar los intercambios comerciales y el mercado como mecanismo de intercambio, pero es importante destacar que el mercado se vuelve sólo otro articulador de dichos intercambios y no el centro neurálgico que condiciona las relaciones sociales y humanas.

### El aprendizaje pendiente

Como sucede en todo proceso social, la red a la que nos hemos referido no es un modelo concluido ni un proceso con guiones establecidos, esto implica que requiere de una revisión crítica y continua de sus participantes.

Puede mirarse en su experiencia, que en los procesos de educación popular y de campesino a campesino han logrado tener un modelo más sistemático, el cual ha servido de base para el acompañamiento y formación de otras organizaciones e igualmente, con sus propuestas de nodos de consumo y de unidades de producción comunitaria logran dar salida a la producción y concretar en organizaciones específicas su práctica de economía social y solidaria, sin embargo, estas dos últimas propuestas a las que nos hemos referido aún buscan formas sistemáticas de operación.

RASOL a la vez que acompaña otros procesos, es acompañada por otros actores, algunos de ellos se encuentran en las instituciones de educación formal, concretamente nos referimos a la Universidad de Guadalajara y al Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) Universidad Jesuita en Guadalajara, con las cuales se integra a otras redes y organizaciones.

No debe confundirse al pensar que hay una dependencia de estas instituciones de educación formal, por el contrario, hay una reciprocidad

entre la práctica de incidencia social que buscan estas casas educativas y la experiencia concreta y situada que lleva la red, donde el capital social y los recursos humanos y materiales se ponen en juego favoreciendo y fortaleciendo la colaboración en beneficio mutuo y extendido principalmente a las personas en los territorios.

Sin embargo, la misma red reconoce algunos conocimientos pendientes, los cuales, sin afán de ser exhaustivos, podríamos tratar de enumerar de la siguiente manera:

- Es necesario fortalecer el modelo de nodos de consumidores en las ciudades en el cual la red ha trabajado haciendo adaptaciones. Esto pasa por distintas necesidades que van desde la sistematización del modelo, la generación de documentos orientadores del trabajo y de las funciones de cada rol involucrado, lo cual podría recaer, por ejemplo, en la creación de algunos manuales de operación; a la par de esto se puede trabajar en sus procesos comunicativos que les permita llegar a más personas que potencialmente podrían sumarse a estos nodos. En fin, una revisión del modelo en general y un plan de acción que los lleve a fortalecerlo.
- La formación técnica especializada podría acelerar y mejorar procesos de trabajo, logrando así que las distintas áreas involucradas logren aprovechar de mejor manera los recursos y conocimientos disponibles. La misma red reconoce que algunas áreas como la administrativa, contable y fiscal se fortalecen por medio de la capacitación en torno a los requerimientos que van surgiendo en su consolidación.
- Por otro lado, los alimentos podrían ser más accesibles integrando en la operación de los nodos y colaboraciones estrategias como las de bancos de tiempo, con el beneficio adicional de que la propia red puede aprovechar las ventajas que genera el trabajo colaborativo orientado a las prioridades de la organización.

Ante todo lo anterior, no existe una actitud pasiva, sino que las colaboraciones con otras instituciones y organizaciones les permite hacerse de

recursos y asesoría, conocer experiencias similares que aportan elementos nuevos a considerar y ampliar la base social sobre la que se mantiene la red.

### Algunas conclusiones

Los patrones de consumo a los cuales nos ha llevado el modelo económico tienen un tiempo finito, aun cuando se siguen produciendo y consumiendo recursos al tiempo que ignoramos las cada vez más notables consecuencias que disminuyen nuestra calidad de vida. Esto tiene especial énfasis en las ciudades que corren de manera acelerada a la insostenibilidad o que en buena medida ya se encuentran en ese callejón sin retorno. Mientras la contraparte la han representado pueblos originarios y comunidades campesinas que fomentan relaciones más armónicas en el trabajo con la tierra y sus territorios.

Una sociedad mercantilizada, es decir, orientada y regida por las leyes del mercado nos lleva a vivir vidas aisladas en constante competencia y con hambre insaciable de consumo. Para evitarlo es necesario que no se pierda de vista lo político en lo económico, o dicho de otra manera, el reconocimiento de la economía como ciencia social y, por lo tanto, una ciencia no desconectada histórica y socialmente de los fenómenos económicos. La economía solidaria aporta en este sentido, una economía centrada en la satisfacción de necesidades requeridas para una vida digna, donde al centro está la persona y no el capital.

La concepción de territorio solidario, donde se logran entramados de actores y colaboraciones con objetivos afines a la economía solidaria, ponen en juego necesidades, recursos y aportes de pueblos originarios, comunidades rurales y colectivos urbanos. Si bien estas construcciones son continuas y no están libres de conflicto logran colocar en un gran diálogo a distintos actores sociales con los cuales construyen mecanismos de colaboración. Es mucho más sencillo reconocer estas colaboraciones en los niveles micro y comunitarios, asimismo, se reconoce la construcción de estos territorios a nivel meso por medio de la organización en redes, pero no logra ser tan claro, ni una constante, a nivel macro donde se incorporen

mecanismos institucionales dialogados y orientados al bienestar de estos territorios, sobre lo último aún falta trabajo que incida en ello.

Por otro lado, los procesos de formación, encabezados y dirigidos por las propias organizaciones sociales han ayudado a que los conocimientos comunitarios se mantengan como elemento integral de capital cultural de los territorios, fortaleciendo de esta forma la autonomía y resistencia comunitaria. De manera que las resistencias son procesos comunitarios que no recaen en líderes únicos, sino que se busca la representación y construcción horizontal entre actores.

Otras articulaciones son posibles fuera del mercado, su reconocimiento permite una visión integradora en torno a territorios solidarios, y la construcción de estos territorios se vislumbra posible en experiencias como las que aquí se han presentado.

## Bibliografía

- Alonso Reynoso, C., y J. Alonso Sánchez. (2015). *En busca de la libertad de los de abajo: La democracia demoeleuthería*. Primera. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara.
- Altieri, M., y C. I. Nicholls. (2020). *La agroecología en tiempos del covid-19*. Centro Latinoamericano de Investigaciones Agroecológicas/ University of California, Berkeley.
- Amariles, C. (2017). Notas para pensar, el territorio solidario, *Revista Unisangil Empresarial*, 10: 5-16.
- Azam, G. (2009). Economía solidaria y reterritorialización de la economía. Un desafío a la solidaridad, un objetivo para la ecología, *Pampa: Revista interuniversitaria de Estudios Territoriales* (5): 69-78.
- CONEVAL. (2020). *Informe de pobreza y evaluación 2020*. Colima. México.
- Coraggio, J. L. (2019). La economía social y solidaria como alternativa a la economía de mercado, pp. 61-74. En *Cauca: Café con raíces. Caficulturas, agroecología y economía social y solidaria*. Cauca, Colombia: Editorial UC.
- DOF. (1987). *Decreto que declara la Reserva de la Biosfera de la Sierra de Manantlán*.

- Espinosa Sánchez, M. A., H. Morales Gil de la Torre, R. Rodríguez Guerrero, O. Garelli, V. Lázaro y V. Patraca. (2021). *Reporte de investigación: El consumo en México y sus impactos en el cambio climático*. Ciudad de México, México: Greenpeace/ITESO.
- Fernández Miranda, R. (2017). Organizaciones, ciudadanía, estado y consumo. Otro modelo de consumo: reflexiones sobre líneas de acción de la economía social y solidaria en un marco neoliberal. En *Economía Social y Solidaria en un escenario neoliberal: algunos retos y perspectivas*. Buenos Aires, Argentina: CEUR-CONICET.
- Gómez Martínez, E., B. Mata García y M. V. González Santiago. (2017). ¿Es la agroecología un extensionismo participativo? El caso de las escuelas campesinas en México, *Kavilando* 9(1):170-83.
- Graf M., S., E. Santana C., E. Jardel P., M. Gómez y S. García Ruvalcaba. (2015). La reserva de la biosfera Sierra de Manantlán México. En *Capacidades necesarias para el manejo de áreas protegidas: América Latina y el Caribe*, editado por J. Carabias, R. J. de la Maza, y R. Cadena. Redacta, S.A. de C.V., México.
- Grosfoguel, R. (2016). Del extractivismo económico al extractivismo epistémico y ontológico, *Revista Internacional de Comunicación y Desarrollo*, 1(4). DOI: 10.15304/ricd.1.4.3295.
- Orozco Hernández, P., E. Jiménez Rodríguez, y C. V. López López. (2016). La soberanía alimentaria y el cumplimiento del derecho humano a la alimentación. Bases para una nutrición adecuada. En *Seguridad alimentaria*. Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara.
- Parisi, E. R. (2011). Escenarios del consumismo: desde lo social a lo individual, *Psicología para América Latina* (22): 1-17.
- Pérez Villa, P. E. y V. H. Uribe Castrillón. (2016). Reflexiones para conceptualizar territorio solidario, *El Ágora USB* 16(2): 533-46. DOI: 10.21500/16578031.2446.
- Rodríguez-Guerrero, R. (2019). El consumo solidario en México. Vínculos entre productores agroecológicos y consumidores. Tesis de doctorado, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México.

- Rodríguez-Guerrero, R., R. P. Orozco Hernández, Ó. Muñoz Villarreal y J. Morales Hernández. (2020). Agroecología y derecho humano a la alimentación. Experiencias campesinas de alternativas para el desarrollo rural y urbano, *LXAYA*, 11-36.
- Sandín, M. (2000). Sobre una redundancia: el darwinismo social, *Asclepio* 52(2): 27-50. DOI: 10.3989/asclepio.2000.v52.i2.206.
- Svampa, M. (2013). “Consenso de los Commodities” y lenguajes de valoración en América Latina, *Nueva Sociedad | Democracia y política en América Latina* 244: 30-46.